



SANTIAGO ARGÜELLO

EL AGUILA Y LA HOJA

Dijo una vez el águila:

«Como yo nadie sube:

Me besan calosfríos y vértigos al paso,
Mi Adriático es el éter, mi góndola es la nube,
mi tolda es un celaje de púrpura y de raso».

«Como yo, nadie sube. Yo podría en las noches
en que tiemblan de frío los gusanos rastreros,
abriendo con el pico los inviolados broches,
sorber luz en los cálices de un jardín de luceros.

O en los días de nieve, con mis remos pujantes,
bender brumas en busca de fúlgido arrebol,
y sorber de los rayos las cañas calcinantes
con la garra clavada sobre el filo del Sol».

Dijo, Y, al ver de nuevo sus poderosas galas,
como una reina el manto, se sacudió las alas.

«Como yo nadie sube».

Y se tendió en la nube.

Y repitió subiendo: «¡Como yo nadie sube!»

—¿Quién eres?...

* * *

—Hoja seca.

—¿De dónde vienes?

—Vengo de arriba, ¡muy arriba!

—¿Tienes alas?

—No tengo

—Hoja seca sin alas, ¿quién te infundió ese aliento
para subir más alto que mi realeza?...

—¡El viento!...

* * *

¡Ya lo oís, oh! guiñapos de la calle vecina!...
¡Cobrad ánimo, estultos! ¡No desmayéis, babcas!
Que si en la tierra un loco viento se arremolina,
más alto que las águilas suben las hojas secas...

Santiago Argüello

La pesca de Espinho

La costa portuguesa en este distrito de Aveiro, al Sur de Oporto, es de una triste monotonía. Una larga playa baja, de fina arena, y cadenas de dunas coronadas a veces por los pinos, que llegan a mirarse en las aguas. Trechos hay, como este de Espinho, en que el mar avanza, o, mejor, la costa se hunde. A este pueblecito se le está tragando el mar, y muy de prisa.

El canal tiene aquí, por otra parte, algo de campesino; parece como que se ruraliza. Sus lindes se confunden en muchas partes; penetra en la tierra por lenguas de agua. Hacia Estarreja suelen verse velámenes de barcas cruzando un maizal, y en éste, al pie de los árboles, junto a los bueyes, remiendan y arreglan las redes de pesca las mujeres. El campo y el mar verdes, como que se abrazan y mezclan bajo el cielo azul, ofreciéndonos la más fiel imagen de este Portugal campesino y marinero que con los leños de sus bosques aró los más remotos océanos. Y estas sus largas odiseas,

por mares d'antes nunca navegados,

empezaron, sin duda, por las pesquerías. A los pescadores fué a quienes enseñaron a marear los genoveses, maestros en el arte de los rumbos.

Hay algo de dulce y de manso en este mar, que, aunque a menudo bravío, viene blandamente a besar la tierra y a mezclarse con ella, que no le opone erguidas rocas ni abruptos acantilados. Desembocan en él, ríos mansos como el Vouga, y recuerda uno el atrevidamente poético rasgo de Tomás Ribeiro cuando, en su lamentable *D. Jayme*, decía que el mar viene a ahogar su sed angustiosa en el sabroso néctar de los ríos portugueses.

*O mar na terna lida porfiosa,
cansado de correr largos desvios,
vem aposar a sede angustiosa
no sabroso nectar de teus rios.*

En esta parte de la costa portuguesa, junto al labrador vive el pescador.